vean en ella mas que una piadosa estratagema, convendrán á lo ménos en que fué una inspiracion feliz, y en que produjo los mas gloriosos resultados.

De este modo quedó definitivamente abolido el oprobioso Feudo de las Cien Doncellas. Algunos de los sucesores de Abdalrahman lo reclamaron sin embargo, pero ningun rey cristiano tuvo la flaqueza de consentir en ello, y nunca los moros por su parte se mostraron dispuestos á ventilar por segunda vez esta cuestion en el campo de batalla.

AL OCEANO.

Qué! De las ondas el hervor insano
Mece por fin mi lecho estremecido!
¡Otra vez en el mar... Dulce á mi oido
Es tu solemne música, Oceano!
¡Oh! cuántas veces en ardientes sueños

Gozoso contemplaba
Tu ondulacion, y de tu fresca brisa
El aliento salubre respiraba!
Elemento vital de mi existencia,
De la vasta creacion mística parte,
¡Salve! felice torno á saludarte
Tras once años de ausencia.
¡Salve otra vez! A tus volubles ondas
Del triste pecho mio
Todo el anhelo y esperanza fio.
A las orillas de mi fértil patria
Tú me conducirás, donde me esperan,
Del campo entre la paz y las delicias,
Fraternales caricias,
Y de una madre el suspirado seno.

¡Me oyes, benigno Mar! —De fuerza lleno
En el triste horizonte nebuloso,
Tiende sus alas Aquilon fogoso,
Y las bate: la vela estremecida
Cede al impulso de su voz sonora,
Y, cual flecha del arco despedida,
Corta las aguas la inflexible prora.
Salta la nave, como débil pluma,
Ante el fiero Aquilon que la arrebata,

Y en torno, cual rugiente catarata,
Hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime,
De rumor, de frescura y movimiento;
Mi desmayado acento
Tu misteriosa inspiracion reanime!
Ya cual mágica luz brillar la siento;
Y la olvidada lira
Nuevos tonos armónicos suspira.
Pues me torna benéfico tu encanto
El don divino que el mortal adora,
Tuyas, glorioso Mar, serán ahora
Estas primicias de mi nuevo canto.

¡Divino esposo de la madre tierra!
Con tu abrazo fecundo,
Los ricos dones desplegó que encierra
En su seno profundo.
Sin tu sacro tesoro, inagotable,
De humedad y de vida,
¿Qué fuera? — Yermo esteril, pavoroso,
De muerte y aridez solo habitado.
Suben ligeros de tu seno undoso
Los vapores que en nubes condensados,
Y por el viento alígero llevados,

Bañan la tierra en lluvias deliciosas,
Que al moribundo rostro de Natura
Tornando la frescura,
Ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!
En tí la luna su fulgor de plata,
Y la noche magnífica retrata
El esplendor glorioso de su velo.
Por tí, férvido Mar, los habitantes
De Vénus, Marte, ó Júpiter, admiran
Coronado con luces mas brillantes
Nuestro planeta, que tus brazos ciñen,
Cuando en tu vasto y refulgente espejo
Mira el sol de su hoguera inestinguible
El áureo, puro, vívido reflejo.

¡Augusto primogénito del caos!
Al brillar ante Dios la luz primera,
En su cristal sereno
La reflejaba tu cerúleo seno:
Y al empezar el mundo su carrera,
Fué su primer vagido,
De tus hirvientes olas agitadas
El solemne rugido.

Cuando el fin de los tiempos se aproxime,
Y al orbe desolado
Consuma la vejez, tú, Mar sagrado,
Conservarás tu juventud sublime.
Fuertes cual hoy, sonoras y brillantes,
Llenas de vida férvida tus ondas,
Abrazarán las playas resonantes,
Ya sordas á tu voz; tu brisa pura
Gemirá triste sobre el mundo muerto,
Y entonarás en lúgubre concierto
El himno funeral de la Natura.

¿Quién es, sagrado Mar, quién es el hombre
A cuyo pecho estúpido y mezquino
Tu magestuosa inmensidad no asombre?
Amarte y admirar fué mi destino
Desde la edad primera:
De juventud apasionada y fiera
En el ardor inquieto,
Casi fuiste á mi culto noble objeto.
Hoy á tu grata vista, el mal tirano
Que me abrumaba, en delicioso olvido
Me deja respirar. — Dulce á mi oido
Es tu solemne música, Oceano.

D.ª M.ª Dorotea Lozada

Doña Maria Dorotea Cosada.

La señorita tan diestra en tocar el piano, admirada generalmente en la noche que se cantó por algunos aficionados la ópera de los *Capuletos* en el teatro principal de esta ciudad, es una tierna niña que no tiene

mas de diez y seis años, pues que nació en Mégico á 6 de febrero de 1824. Habiendo quedado huérfana de madre á la edad de diez y siete meses, su padre, don Francisco Losada, cuidó solo de su primera educacion, enseñándola por sí mismo á leer, escribir, algunas reglas de aritmética, y principios de moral religiosa y civil, procurando con esmero darle ideas puras y no erróneas.

Desde sus primeros años manifestó un entendimiento claro y despejado; un caracter vivo, violento y fogoso; siendo ademas reflexiva, constante en sus designios, fácil en la comprension de las cosas, desinteresada y de nobles sentimientos. Siempre tuvo mucha inclinacion á la lectura y á la música, y pedia con instancia que la llevasen á los templos cuando sabia que habia funcion clásica, esperanzada en que oiria una buena orquesta.

A la edad de siete años recibió las primeras nociones de la música de un aficionado, comerciante, con quien estuvo siete ú ocho meses, el cual por sus giros se fué de Mégico, y quedó la niña sin maestro por espacio de mas de dos años.

Para que recibiese una educacion ilustrada, fué puesta, en febrero de 1833, en el establecimiento de las señoras Desmortiers, donde por enfermedades y otras ocurrencias de familia, y algunas de política que afectaron á su padre, solamente permaneció cinco meses; mas en este corto tiempo mereció dos premios en exámen público, muchos elogios de los concurrentes, y ser elevada por sus maestras de la 3ª á la 1ª clase.

Permaneció así al lado de su padre, y suspensa su educacion, cerca de año y medio, hasta que á mediados de agosto de 834 se le dió por maestro de música al hábil profesor don José María Oviedo, discípulo del célebre don José Antonio Gomez. Estuvo con estas lecciones por espacio de tres años y diez meses, hasta junio de 838, en cuyo tiempo fué presentada ya al público en templos y conciertos particulares; mereciendo desde luego distinguidos aplausos y elogios de las personas ilustradas, y de los mas distinguidos profesores. Su digno maestro Oviedo se esmeró en la enseñanza de esta su jóven discípula; y conociendo su bella disposicion y

aptitud, le comenzó á dar en octubre de 836 las primeras lecciones de acompañamiento y trasporte en todos los tonos; lo que aprendió ella en el corto espacio de quince meses, y á lo que contribuyó, mucho el maestro Gomez, proporcionándole á este fin la famosa obra de Arcángelo Corelí. Para que no se confunda con una trivialidad una cosa que supone ingenio, será oportuno advertir que el acompañamiento de que se trata, no es el que se hace á una voz ó á un instrumento, sino dado un bajo, llenarle con armonías.

Es admirable y sorprendente la facilidad con que lee y ejecuta á primera vista piezas muy difíciles y complicadas, trasportando la música del tono en que está escrita, al que se le pide en acompañamiento, con la mas bella naturalidad y espresion. Todo Mégico es testigo y admirador de su habilidad, pues hace ya cuatro años que tiene el gusto de verla en varias partes, públicas y particulares, tocando sola ó llevando el piano en piezas concertantes á toda orquesta. Habria bastado para sentar su reputacion el dificilísimo concierto que tocó en casa de Gomez,

obligado á dos pianos y á seis manos. Se puede asegurar que ninguna acometerá á primera vista y desempeñará á su igual, cualquier papel que se le presente, por difícil que sea; por consiguiente tiene con justicia merecido á su edad, el título de la mas hábil megicana en el arte de tocar el piano.